

DRONTEMAKIA

Somos *Los-que-miran-al-cielo*, los gloriosos. Nuestros padres surcaban las nubes con orgullo, y en sus ojos brillaba el eco del mar y las montañas. Pero su viento cambió un día y los trajo aquí, a esta isla, y se enamoraron del prado y del bosque.

Somos *Los-que-miran-al-cielo*, los esclavos de la tierra. Nuestra pluma es gris como un día de tormenta; escamas reptilianas cubren nuestras garras, que relampaguean como el oro y la plata; nuestro pico es fuerte, porque ha de quebrar la dura piel del coco. Pero nuestras alas ya no pueden alejarnos del suelo, porque hemos olvidado volar y ahora sólo soñamos con las estrellas. Entre los árboles brumosos se escucha nuestro reclamo: doo-doo...

Somos *Los-que-miran-al-cielo*, los curiosos. A nuestra isla ha llegado una nueva criatura, *El-que-pone-nombre-a-las-cosas*. Vienen surcando el mar sobre extraños titanes que se inflan con el viento. Caminan erguidos, con orgullo y desprecio, y su piel pálida está cubierta de coloridos atuendos. Al ver a los nuestros se ríen y nos señalan, insultándonos con palabras despectivas: estúpidos, holgazanes. Se acerca la estación seca y el alimento pronto empezará a escasear; necesitamos hacer buen acopio ahora, aunque *El-que-pone-nombre-a-las-cosas* piense que nuestro aspecto hinchado se debe a la gula.

Somos *Los-que-miran-al-cielo*, los confiados. *El-que-pone-nombre-a-las-cosas* ha venido para quedarse, y ha traído consigo nuevas criaturas. Roedores pequeños y peludos, portadores de miasmas invisibles; cuadrúpedos malolientes y hambrientos, que acechan nuestros nidos y devoran nuestros huevos. *El-que-pone-nombre-a-las-cosas* se comporta de un modo que no comprendemos: asegura que nuestro sabor es repugnante, pero ha empezado a darnos caza.

Somos *Los-que-miran-al-cielo*, los perseguidos. *El-que-pone-nombre-a-las-cosas* nos acosa sin piedad y hiere a los nuestros con armas que braman y escupen fuego. Por qué lo hace, no podemos saberlo. Acaso nuestro nuevo y mortal enemigo encuentra honroso abatirnos, a nosotros que nada podemos contra ellos.

Somos *Los-que-miran-al-cielo*, los tristes. Nuestros hijos ya no nacen, porque no podemos encontrar un lugar donde ponerlos a salvo. Nuestros ojos lloran porque la tierra que ven ya no es la tierra en la que vivieron: los árboles bajo los que corríamos no existen, porque *El-que-pone-nombre-a-las-cosas* los ha talado para construir sus casas. Agonizamos, porque en nuestro hogar no hay lugar para nosotros, y ya no se escucha nuestro reclamo: doo-doo...

Somos *Los-que-miran-al-cielo*, los extintos.

Sergio Almenar Ruiz (Valencia)

EL CACHORRO

Una noche, Miguel cogió su escopeta después de limpiarla cuidadosamente y se internó en el bosque que rodeaba el pueblo con paso decidido. Mientras sus manos acariciaban el cañón del arma, el cazador apretó sus mandíbulas con fuerza. Aquella noche mataría por fin a la bestia y daría fin a sus pesadillas. Nada más rodear el puente que cruzaba el arroyo, el aullido del lobo le sacó de sus pensamientos. La escasa luz apenas le dejó entrever el lomo del animal. Miguel tomó aire y afinó su puntería: “Tal y como yo lo veo –dijo–, el fuerte destruye al débil. Muere”. El lobo pareció alzar la vista y miró al cazador serenamente: “Tal y como yo lo veo –dijo–, yo haría lo mismo. Muero”. El arma se disparó y el animal cayó sin vida sobre la hierba fresca.

Tiempo después, otro cazador llamado Miguel, hijo del anterior, tomó la vieja escopeta de su padre y se adentró en las profundidades del bosque. Apartó la maleza del camino con soltura y cruzó el viejo arroyo donde la bestia había muerto años atrás. La Luna asomó tímidamente su rostro tras una nube e iluminó parte del sendero, haciendo más cómoda la marcha. La respiración del lobo se hizo entonces perceptible. El cazador, asustado, alzó su escopeta y apuntó al animal. Recordó todo lo que su padre le había enseñado y habló de esta manera: “Tal y como yo lo veo, no hay sitio para los dos –dijo con voz temblorosa–. Muere”. El lobo contempló a Miguel con tristeza: “Tal y como yo lo veo –dijo–, quizá tengas razón. Muero”. Se oyó un ruido atronador y el lobo perdió la vida al instante.

Pasado un tiempo, otro Miguel, hijo de los anteriores pero mucho más joven, cogió la vieja escopeta de su familia y caminó a través de la penumbra del bosque. Animado, contempló la plenitud de las estrellas, que lo cubrían todo con el color de la plata; atravesó el arroyo y el viejo sendero con aire alegre y llegó a los confines del bosque en cuestión de minutos. La escopeta le estorbaba como nunca, tanto, que habría deseado perderla de vista para siempre. Al recordar con tristeza las viejas lecciones de caza de su padre y su abuelo, la respiración entrecortada del cachorro le sacó de sus pensamientos. Miguel apuntó con la escopeta, pero su mano temblorosa no pudo continuar la vieja tradición y el cazador habló de esta manera: “Tal y como yo te veo, no eres mi enemigo, Vive”. El pequeño lobo alzó su mirada y asintió: “Tal y como yo lo veo, hay sitio para los dos. Vivo”.

Y se adentraron de nuevo en el bosque, juntos y en silencio. Al regresar a casa, la vieja escopeta había desaparecido para siempre.

Asier Pérez Riobello (Avilés)

(Cogador del II premio de Literatura Breve y Diversidad Biológica, 2011)

OTA COMO ESPEJO

Seguía los movimientos de Cabinda, la hembra alfa del grupo de driles, cuando aquel viejo se apoyó a mi lado, en la barandilla. Observó a los animales unos segundos y luego vi, de reojo, como me observaba a mí.

-Mi abuelo -me dijo-me contaba una historia de cuando hizo un viaje a Nueva York, él era casi un niño y su padre lo llevó al zoológico. Allí había visto a un hombre muy bajito enjaulado con otros animales. Durante mucho tiempo he creído que se lo había inventado, pero ahora, viendo como observas a esos animales ahí encerrados, como apuntas en tu libreta con tanta seriedad, bueno, pues no sé bien por qué, pero ahora estoy seguro que mi abuelo me decía la verdad.

Me miró fijamente, inclinó levemente la cabeza, a modo de saludo, y se fue. Me quedé desconcertada. No entendía lo que había dicho ni por qué. ¡Cómo iba a estar un hombre expuesto en un zoológico! Esa tarde supe que era cierto.

“Pigmeo Africano "Ota Benga" 23 años de edad. Altura, 4 pies y 11 pulgadas. Peso: 103 libras. Traído desde la rivera del río Kasai, Estado Libre del Congo, Centro Sur de África, por el Dr. Samuel Phillips Verner. Exhibido cada tarde durante Septiembre.”

En 1906, Ota Benga era exhibido junto a varios chimpancés, un orangután y un gorila, en el zoológico del Bronx. Expulsado de su hogar, sin libertad, sin esperanzas y sabiendo que el lugar donde había nacido y vivido estaba siendo destruido por los mismos que lo miraban desde el otro lado de los barrotes, estoy segura de que se sentía parte de esos primates. Todos ellos eran víctimas de una violencia incomprensible e inmerecida. Ota se suicidó, sus compañeros no pudieron hacerlo.

Sigo con mi trabajo de observación en el zoológico, sigo anotando las conductas del grupo de driles, el primate africano más amenazado, pero ahora, mientras lo hago, siento vergüenza. Un día, quien lea lo que hoy hacemos con los driles, los orangutanes, los gorilas y tantas y tantas especies, sentirá lo que nosotros sentimos al conocer la historia de Ota Benga.

María Carbajales Moreno (Burgos)

(Ganadora del I premio de Literatura Breve y Diversidad Biológica, 2010)